



Crónica Literaria

Por ALONE

"Crónica de San Gabriel", novela, por
Julio Ramón Ribeyro (Universitaria, 1969)

No le ha cogido aún en su engranaje la girándola publicitaria que hace brillar entre rayos media docena de nombres con tal estrépito de platillos que a fuerza de incrementar en la memoria, están empezando a fatigarla un poco: Cortázar, Benedetti, Vargas Llosa, Fuentes, Carpentier, García Márquez... etc.

Está bien. En una conquista sobre el silencio.

Pero ello no debe impedir que, saliendo del rosario consabido, agreguemos a sus cuentas la de Juan Ramón Ribeyro, autor de esta "Crónica de San Gabriel", que se acaba de editar en Chile.

—00—

Personaje nacido en Lima cuarenta años atrás, Ribeyro ha publicado ya tres volúmenes de cuentos, uno traducido al francés por Gallimard, una novela y un drama que obtuvo el Premio Nacional de Teatro 1959. Una versión de sus cuentos fue vendida al alemán.

Así dice su ficha.

No se trata, pues, de un desconocido y la "Crónica de San Gabriel" demuestra que vale la pena conocerlo.

¡Mensaje! ¡Revelación! ¡Innovación! ¡Protesta!

Algunas personas no pueden vivir ni considerar importante leer sin esos elementos trascendentes, inquietantes, problemáticos. Otras, en cambio, buscan lecturas que los reposen y simplemente las pongan en contacto con la vida, que los hagan presentir y compartir otras existencias, los pasen por paisajes diferentes, dejándolos también, si acaso gustan, pensar.

La "Crónica de San Gabriel" ofrece uno de esos refugios imaginarios donde es grato transportarse y sentirse acompañado, siguiendo el hilo de una historia, no demasiado rara ni, tal vez, muy apasionante, pero que entretiene y complace con sostenido interés.

Entre la muchedumbre de tesis y anti-tesis, ataques y defensas, los ojos clavados, el dedo admonitorio, no sin señales proféticas, Julio Ramón Ribeyro nos vuelve al concepto tradicional, a la narración equilibrada y amable en sí, por el solo hecho de ser humana.

Vease este subterfugio plantamiento, esta entrada en escena, colorida, sin estruendo, que comienza un estado de ánimo por el contacto con las cosas y el alma del ambiente:

"Las ciudades, como las personas o las cosas, tienen un olor particular, muchas veces una pestilencia. Mientras recorría las calles rectas de Trujillo —se llama de un muchacho en viaje—, me sentía envuelto por una transparente capa terrosa que emanaba no se sabía de dónde, quizás de los rascacielos, de los edificios condonados o de las alcantarillas. Una presencia olfativa me cubría y me recordaba a cada paso mi condición de forastero, de hijo de tierra extraña. Yo andaba a meneos bajo el duro sol y las balcones morados, recordando que en Lima, años atrás, cuando iba a las calles del centro, había sentido también el olor de la ciudad, Lima, decían las viejas, era a ropa guardada. Para mí allí siempre a "hospitismo", a brasa de pueblo, a servicios venturoso y polvoriento. Pero Trujillo olía a otra cosa. Era un olor amarillo, en todo caso un olor que tenía algo que ver con los remas de barro, los helados insustanciales o esa sol amburino que penetraba todos los objetos".

Los sentidos despiertos del adolescente absorben y devuelven la atmósfera, haciendo presentir las aventuras a que lo arrastrarán al salir de su casa, libre de las ataduras. La adolescencia constituye uno de los grandes temas de la intriga novelesca de hoy y siempre. Es por sí misma una invitación a la curiosidad y camino de los descubrimientos, de los hallazgos inesperados, de la eterna interrogante. La psicología profunda del inconsciente le ha otorgado toda clase de misterios. Ese pasaje entre los doce y los diecisiete años, de la infancia a la plena juventud, hervor de pasiones contenidas que tratan de conocerse y desplegarse.

Julio Ramón Ribeyro no se apresura. Tampoco desliza el peso. Lo vemos avanzar en calma a lo largo del hallazgo de los sucesos que vendrán.

Su prosa posee el don de la tranquilidad, crea un ambiente doméstico, seguro, como el de esos novelitos ingleses que nos hacen habitar una casa y sentirnos en ella como entre seres familiares que recordamos sin haberlos conocido y que no necesitan presentación. Hablan con sencillez, en un tono natural y sereno, existen, se dejan observar.

El día anterior, a las seis de la mañana, habíamos partido de Lima en una góndola roja. Este viaje fue decidido por mis tíos en cuya casa vivía alojado desde la muerte de mi padre. Nunca supe a ciencia cierta por qué decidieron alejarme de un lugar en el cual comenzaba a sentirme a gusto. Yo sospecho una imaginación de mi tía Herminda, la cual me odiaba porque yo pasaba íntegramente los días sin

hacer nada. Mi ocupación favorita era recostarme en todas las paredes, caer despatarrado en todos los sillones, pensando cosas absurdas, como, por ejemplo, la casa que tendría mi tía Herminda si se peleara a caer. Otras veces me subía a la azotea y me entretenía en perseguir a los gatos techeros o en espiar las intimidades del vecindario. Como acababa de terminar el colegio, creía haber conquistado para siempre el derecho a estar ocioso".

Ni elegía a la muerte del padre, a maldiciones a la tía ociosa, ni forma alguna de drama íntimo. Se trata de la vida, del hecho fundamental de vivir y mirar el mundo, de moverse entre los hombres.

El viaje del muchacho huérfano, cuya estampa nunca se describe, pero que inspira por su modo una vaga simpatía, se desarrolla lentamente por los campos peruanos, rumbo a una hacienda lejana, entre paisajes que a ratos interesan por las semejanzas, a ratos por las diferencias con el campo nuestro. Va en un camión, aquí diríamos "micro", sobrecargado de pasajeros, bordeando abismos, en manos de un chofer que lucha contra el sueño, a un paso de la muerte. Apenas puede remontar la cordillera y trata de mantenerlo despierto sacudiéndolo y contándole chistes. Al arribar desfilan los tejados de una ciudad, y cuando se detuvieron frente a la puerta de un hotel, el muchacho se dormirá. Más tarde abre los ojos en una habitación extraña, tapizada de papel de diario. Al lado suyo, Felipe, su primo, conversa con un desconocido y bebe a intervalos tragos de psico.

Los primos, las primas y el psico forman el fondo del cuadro y son las piezas principales del drama en que la existencia del muchacho va a transcurrir, hacedor de una de esas haciendas enormes y tradicionales, administradas a la antigua, con innumerables servidumbres parecidas a esclavos, bajo un establecimiento minero en lo alto de la montaña y donde, en medio de la abundancia material, que de cuando en cuando estalla en fiestas y frantochéas enormes, la ruina económica se encamina al desastre.

Entre la muchedumbre de los primos y las primas, de los incidentes y los accidentes, de episodios curiosos y banales, que, a veces, arrastrándose, no dejan de producir algún tedio y entorpecen la acción, una muchacha solitaria, llamada Leticia, que surge al comenzar la historia, Pág. 11, mantiene durante toda ella una especie de suspense indirecto y desaparece al fin, sin haber descifrado su enigma. Curioso personaje, original y auténtico, pese a su extravagancia. Llega el viajero a San Gabriel y lo presentan a tres primos. El mayor trata las facciones finas, pero salubres; el segundo era tímido, ajero, transparente; el tercero era de ras india, cobrino y achinado.

—¿Dónde está Leticia? —preguntó al fin. —Leticia soy yo —dijo el mayor de los muchachos y se quitó el sombrero. Un mechón de pelo negro cayó sobre su frente.

Parcía un mano quinceañero. Le pidon que la bese. El visitante se cobija. Nunca había besado a una mujer y las demostraciones de afecto lo fastidiaban. Fue ella quien le pasó con los labios la mejilla. Esta situación ambigua, esta escena íntima, inexplicable, permanece. Se ve a Leticia hacer primos, presentar coartadumbres y al muchacho retirarse, intimidado, aunque no sin deseos. Difiere que va a salir el conflicto frondoso, de una y otra parte se dan los elementos intersexuales clásicos. Leticia se compromete, celebra con un vecino una promesa de matrimonio que es toda una ceremonia nupcial, con banquete y bendición de amigos. Ella después se arrepiente, llora y enferma; el compromiso se deshace. ¿Qué hay? ¿Ella él, se ella, son ambos? La interrogante prosigue y los acontecimientos se suceden. Hay en la mini de San Gabriel un levantamiento de indios y se habla de masacres de patronos; pero tampoco ese problema se resuelve. El lector acaba por convencerse de que, en verdad, se trata de una crónica, no de una novela; lo que, por lo demás, nada quita al interés del relato y acaso le añade cierta sensación de vida verdadera, más inquietante que una construcción imaginaria.

Las tesis quedan sembradas, los problemas insinuados, la intención general disuelta en una especie de indiferencia superficial bajo la cual palpitan seres, cosas, árboles, primos, tíos y gente poderosa arrastrados con una especie de inercia, como arrastrada por el destino.

Julio Ramón Ribeyro tiene la prudencia de no presenciar sobre ese destino. Expone y propone, no impone; describe y pinta, no interpreta, elucubra ni declama. Es el perfecto espejo que pasa por un camino cruzado ciudades, selvas, casas, tragedias y comedias, confundidos en el diario vivir, a ratos palpitante de pasión, a veces en remotos rostros, claros, volubiles, siempre persuasivos por la dulzura del tono breve, de la expresión exacta.

Nada más. Ni nada menos bajo el sol.

"Crónica de San Gabriel" [artículo] Alone.

Libros y documentos

AUTORÍA

Alone, 1891-1984

FECHA DE PUBLICACIÓN

1970

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

"Crónica de San Gabriel" [artículo] Alone.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile